

Enmendar la plana

Los bajos volúmenes de gas que extrae Colombia se sienten ya en todos los niveles del consumo. El Gobierno debe replantear sus decisiones.

Cuando a finales de 2024 se confirmó que Colombia, por primera vez en 45 años, había dejado de ser autosuficiente en lo que respecta a abastecer el gas natural que consumen hogares, comercios, vehículos e industrias, los expertos lanzaron las alarmas. Aun así, no faltaron las expresiones de sorpresa cuando se conocieron las cifras de producción interna en mayo, que muestran un declive anual del 19 por ciento.

Puesto de otra manera, los volúmenes extraídos internamente retornaron a cifras que no se veían hace más de una década, cuando la demanda era mucho menor. Si bien el faltante se ha podido atender con importaciones y los precios internacionales se encuentran en niveles aceptables, la acelerada pérdida de seguridad energética genera múltiples inquietudes.

El motivo es que la adecuada provisión del combustible es clave para 36 millones de colombianos que lo utilizan para cocinar diariamente, sin hablar de su uso masivo en restaurantes, transporte o labores de manufactura. Los usuarios ya pagan una factura más alta, lo que no necesariamente habría sucedido si se le hubiera dado vía libre a la exploración de hidrocarburos, una puerta que el actual gobierno ha mantenido cerrada desde el primer día.

Como si eso fuera poco el Presidente de la República viene exigiéndole a Ecopetrol que se salga del ramo, con el argumento de que “unos paneles solares en las casas solucionan el problema del agua caliente y la comida”. Pareciera que el mandatario desconoce que la energía proveniente de la radiación solar solo está disponible durante el día y en momentos

de poca o ninguna nubosidad, a menos que existan sistemas de almacenamiento que son onerosos y todavía no cuentan con la eficiencia deseada para remplazar plenamente las opciones tradicionales.

Tampoco tiene en cuenta la Casa de Nariño que el gas natural es considerado clave en el proceso de transición energética, pues es mucho menos contaminante que el carbón o el petróleo. Por ello, su búsqueda y uso se han multiplicado en el mundo, lo que ha incidido en moderar el vertimiento de gases que causan el efecto invernadero a la atmósfera.

Por tal motivo, hay que volverle a insistir al Ejecutivo en que tome las decisiones que corresponden con el fin de que no sea el ciudadano de a pie el que pague la cuenta de posturas cuestionables. Para comenzar, es urgente superar los cuellos de botella que presenta la infraestructura, tanto en lo que corresponde a regasificación como a transporte por medio de gasoductos que llegan a pueblos y ciudades.

A lo anterior se debe agregar la certeza de que los yacimientos existentes e identificados en aguas profundas del mar Caribe podrán aprovecharse a la vuelta de unos pocos años. No solo se trata de sortear los desafíos propios de la ingeniería, sino los riesgos de la tramitación, que incluyen permisos y consultas, entre otros.

Todo lo anterior exige liderazgo y reglas de juego adecuadas, en especial por parte de un Ministerio de Minas que no ha hecho bien la tarea en el pasado reciente. Ahora lo que le corresponde es enmendar la plana, para que el futuro del país en lo que corresponde al gas natural no sea, como parece ahora, gaseoso.



La situación actual exige liderazgo y reglas de juego adecuadas, en especial por parte del Ministerio de Minas.